

Liborio y el bálsamo (Autoguardado)

Jesús Revuelta Fernández

Image not found.

Capítulo 1

I

Ya fuera en la pescadería o la biblioteca, a Liborio lo asaltaban sexualmente las mujeres, por lo general, abalanzándose sobre él en masa.

La situación era insostenible, pues se dejaba el sueldo en vestuario.

En realidad, padecía una rara enfermedad conocida como *metrosexualitis feromonalis*, producida por la mutación del gen G13, por la que sus glándulas sudoríparas segregaban feromonas que afectaban al hipotálamo de la hembra humana, incitándola de manera irrefrenable a copular con el emisor.

Su metro noventa y diez arrobas de peso jugaban en su contra, pues le hacían sudar más allá de lo que aconsejaban la decencia y las buenas costumbres.

Recibida al principio su dolencia como una bendición y una novedad deliciosa, Liborio se había entregado de lleno al desenfreno y el frenesí de los placeres carnales. Con el paso del tiempo, sin embargo, se había convertido en un suplicio insoportable que obstaculizaba el desarrollo de una vida normal. No era extraño verle ocupar gran parte del día bajo la ducha, en un desesperado intento de eliminar cualquier traza de sudor corporal. Otro tanto lo ocupaba poniendo lavadoras.

Estos incidentes mermaban considerablemente la autoestima de un Liborio que se sentía un mero trozo de carne, --jugoso y libre de hormonas, eso sí—, pero trozo de carne al fin y al cabo.

Ciertamente, no encontraba mayor consuelo en la supuesta camaradería masculina. Por un lado, no faltaban los aduladores que se le arremolinaban, ávidos por obtener alguna de las migajas sobrantes del festín. Por otro, los que sentían el ego agujoneado por el corrosivo cáncer de la envidia, --celosos quizá de la lujuria que despertaba en sus esposas y hermanas—, que le tildaban de juerguista redomado y hombre sin escrúpulos, esforzándose por crearle una reputación de sátiro corruptor que, muy a pesar suyo, le precedía.

Una noche, releendo pasajes de El Origen de las Especies, su libro de cabecera contra el insomnio, comprendió que, en lugar de nadar contra corriente, se imponía ser pragmático y sacar provecho, siquiera económico, de sus abrumadoras circunstancias personales.

Así fue como entró a formar parte de la nómina de boy strippers en un club de despedidas de solteras.

Como no podía ser de otra manera, su éxito laboral fue fulgurante desde el inicio —con listas de espera de tres y cuatro meses para disfrutar de sus servicios. Dicho éxito eclipsó a sus compañeros, que, asustados ante la posibilidad de perder su puesto de trabajo, hicieron lo imposible por desacreditarle ante la madame con calumnias del tipo de --“ha dicho el Liborio que es Ud una foca gorda y fea y que no se acostaría con Ud ni por un millón de euros”.

Sabido es que el ser humano, por su propia naturaleza, acoge con oído presto a la calumnia, —especialmente si cree ser objeto de ella—, y la madame, que a pesar de su avanzada edad, era extremadamente coqueta y presumida, no iba a ser menos. Comoquiera que la madame gustaba de realizar lo que ella misma denominaba “controles de calidad aleatorios” —“ojo, únicamente destinados a comprobar la calidad del producto ofertado al público”—, se sintió ultrajada, y montó en cólera.

Fue así cómo nuestro amigo fue relegado a las tareas de limpieza del local. Dichas tareas —y aquí la madame se mostró inflexible— debían ser realizadas en cueros, con un tanga, una cofia y un delantal como toda vestimenta.

La madame gozaba de una inteligencia superdotada a la hora de husmear un buen negocio y, superado su acceso de cólera inicial, advirtió que, en los gráficos de productividad de las actuaciones de Liborio, sus picos se correspondían con los momentos de mayor sudoración; su sagacidad hizo el resto al relacionar causalmente dos hechos en apariencia inconexos.

Retiró el pasaporte a Liborio. En su mente había vislumbrado una mina de oro. Quizá el de un elixir que volvería locas a las mujeres y por el que los hombres pagarían un potosí. Sólo se trataba de encontrar la fórmula. Entre sus numerosos contactos se encontraba el de un químico que —pensó ella— le ayudaría en sus propósitos.

Hizo traer una bici estática y una cinta de corredor y obligó a Liborio a pedalear y correr diariamente durante horas. Su jornada comenzaba al despuntar el sol. Nuestro amigo perdía entre 4 y 5 litros de fluidos corporales en cada jornada. La madame, provista de una mascarilla que le hacía inmune a los efluvios corporales de nuestro amigo, recogía con mimo sus ropas empapadas y las estrujaba cuidadosamente sobre un cubo, cuidándose de que no se perdiera ni una sola gota del precioso fluido. A continuación ordenó que le fueran suministradas a Liborio cantidades ingentes de refrescos azucarados y alimentos ricos en grasas insaturadas y colesterol, —en su mayoría fritangas— con el fin de que el metabolismo de Liborio no cambiara en exceso y el proceso se mantuviera

ad infinitum.

El químico encontraba ciertas dificultades para mantener el tiempo de vida de la feromona G13 —como la bautizara—, pues era en exceso inestable, y tendía a diluirse o a evaporarse al poco tiempo.

II

Nuestro héroe se sentía miserable y desgraciado.

Contaba sin embargo Liborio sin saberlo con un benefactor poderoso. Éste no era otro que su hado padrino. Vestido de impecable traje y corbata, cargaba con lo que parecía un maletín de representante. Al principio Liborio se asustó un poco;—siempre dormía con la luz encendida después de un nuevo capítulo de “Cuarto Milenio”—; sin embargo, la locuacidad del hado, lejos de exasperarle, pareció ejercer un efecto sedante en Liborio. El hado le informó de que, como todo buen hado padrino que se preciara, había seguido de cerca toda su trayectoria personal. Le ofreció una serie de ungüentos, elaborados con ingredientes naturales —extracto de glándulas de mofeta, podredumbre de rape, jengibre y muérdago al 1%, —disponía de ellos en champú, body lotion y aftershave—, que, —le aseguró el hado—enmascararían de forma infalible sus irresistibles efluvios corporales. En sus propias palabras, le ofrecía en primicia estos productos porque él “lo valía”; y le dejó unas muestras de prueba gratuitas; —en caso de que quedara satisfecho, iría dejándoselos a un módico precio; no había problemas en cuanto a existencias —recalcó. Para finalizar, el hado advirtió encarecidamente a nuestro amigo acerca de la conveniencia de regresar a casa antes de la medianoche, pues para entonces se habría deshecho el hechizante efecto del ungüento.

En este punto a Liborio se le abrieron los ojos como platos: ¡a las doce de la medianoche empezaba a formarse el ambientillo en las discotecas!

Haciendo gala de una gran rapidez de reflejos, se disculpó por su falta de cortesía, e invitó al hado a tomar asiento. Acto seguido descorchó una botella de su mejor rioja, acompañándolo de una ración de pulpo a la gallega y unas patatas bravas que hicieron las delicias del hado.

Al principio, éste se mantenía inflexible — “la tradición es la tradición... Hay unas normas... Incluso como hado padrino, tengo mis limitaciones... En realidad no soy más que un mandao..” etc, etc. Liborio mantenía la callada por respuesta. A modo de sobremesa, Liborio preparó unos chupitos de Tequila. El hado disfrutó como un niño con la parafernalia del limón y la sal.

A partir de ese momento, las negociaciones se caracterizaron por la fluidez y espontaneidad. Finalmente, las partes alcanzaron un acuerdo: El

hechizo duraría hasta las cinco de la madrugada.

Guiado por la prudencia, había grabado el contenido de las negociaciones íntegramente con el móvil, —no fuera que el hado, una vez disminuida su tasa de alcoholemia en sangre— fuera a desdecirse. Finalmente el hado agradeció a Liborio tan exquisita velada, y disculpándose con un sucinto —“me esperan en otros cuentos”, se esfumó.

¿Sería cierto? ¿No tendría que esconderse más? Ansioso como un niño que espera los regalos de los Reyes Magos, embadurnó generosamente su bien torneado cuerpo con el pringoso y maloliente bálsamo, y salió a la calle con la misma esperanza y vigor con la que zarpara Colón, siglos ha, en sus tres carabelas, en su caso en busca de un Nuevo Mundo de mediocridad y anonimato.

Al alcanzar su destino, un bar de copas de moda, su esperanza e ilusión inicial fueron reemplazadas por la duda y la angustia. Y entonces, haciendo acopio de un valor que desconocía poseer, se internó resuelto en el corazón de las tinieblas del local. ¿Qué decir de la reacción de los presentes? Todo el mundo se echó a un lado, intentando descubrir el origen del hedor. Liborio respiró aliviado. Se produjo una cierta algarabía general, con gritos del tipo de —“¡hey, alguien ha tirado una bomba fétida!” Sin embargo, puede decirse que, en general, el público se habituó con prontitud y diligencia admirables al nuevo aroma ambientador, reanudando sus actividades allí donde las habían dejado antes de la incursión de Liborio.

Liborio era ahora el coleccionista que saborea un Brandy que ha reservado para una ocasión especial. Fue sólo cuando hubo apurado la copa de esta nueva sensación, que advirtió —y curiosamente, con agrado-- que tenía unos ojos clavados en él; era una preciosa damisela que, entre mirada y mirada, le esbozó una sonrisa. La muchacha dio el primer paso y se acercó hasta Liborio. Se llamaba Linda. A Liborio le agujijoneaba la curiosidad: ¿Acaso no advertía un olor extraño, —maloliente, por más señas? Así que inquirió a la joven, que, pudorosa, se sonrojó y confesó a nuestro héroe que padecía una extraña enfermedad, llamada *nariztapaditis feromonalis*, por la que carecía de sentido del olfato.

¡Oh dichoso hado! ¡Una mujer se sentía atraída por algo que no eran sus feromonas! ¡Que no sufriría los malolientes efluvios del ungüento! Ese momento de liberación despertó el instinto cinegético de Liborio, que se comportó como el Don Juan que llevaba, aletargado, en su interior. No es que le resultara difícil, ya que la belleza de Linda era exultante. Su larga cabellera, del color de la mies que va a ser segada, los torrentes de montaña que tenía como ojos, sus enormes y turgentes senos, sus grandes caderas, eran la encarnación de Afrodita o Venus o de cualquier diosa prehistórica de la fertilidad. Por otra parte, su leve deje extranjero, unido a lo que parecía una habilidad natural a la hora de despachar los

vodkas con naranja, sugirió a Liborio una posible ascendencia escandinava.

La conversación entre ambos resultó de lo más placentera, y los dos departieron durante horas. Entregada con fervor a su décimo vodka, Linda se desenvolvía con la compostura y elegancia de una zarina. Liborio, envalentonado por el alcohol, había decidido pasar a la ofensiva y, sin apenas ser consciente de sus palabras, se estaba declarando a Linda. Le confesó que ansiaba hacerle el amor sin protección; así ella se quedaría embarazada y se verían obligados a casarse. Ya tendrían tiempo para conocerse —esgrimió nuestro héroe. Enfrascado como estaba en tan poco ortodoxa declaración de amor, no advirtió que en ese mismo momento el reloj de carillón del local señalaba las cinco de la madrugada.

En este punto, las hasta entonces apacibles mujeres del local dejaron sus tareas y buscaron —más bien olisquearon— en derredor, clavando en Liborio finalmente la mirada. Eran miradas de una lascivia y un deseo irrefrenables. Las doncellas se lanzaron en tropel sobre nuestro amigo. Presa de un miedo animal, Liborio intentó zafarse desesperadamente, pero se comprenderá que su lucha, superado como era en número, estuviera condenada al fracaso. Cubierto, al estilo Neo, por decenas de mujeres histéricas de todos los estilos y tamaños, se limitó a reptar por entre la maraña de piernas femeninas que le rodeaban. Y así como la lagartija deja gustosa su cola para que el predador se entretenga con ella y poder salvar la vida, así dejó gustoso Liborio tras de sí jirones de camisa y pantalones, mientras se daba precipitadamente a la fuga como su madre le había traído a este mundo.

Entretanto, Linda estaba horrorizada. Los pensamientos acudían a su mente como las abejas de un panal que el incauto con su torpeza ha enfurecido. Entonces su mirada fue a posarse en un objeto de descomunal tamaño que a sus pies se hallaba. Era una bota. En su precipitación, Liborio había perdido una de sus botas, --comprendió la joven. Linda se apresuró a recogerla.

Nuestra heroína abandonó el local con su atesorada bota, confundida, perpleja, celosa: ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué habían atacado todas esas mujeres a Liborio? ¿Qué pretendían? Algo en la escena que acababa de presenciar semejava – en demasía, para su gusto-- una escena de caza del National Geographic.

Desbordada por los acontecimientos, se detuvo por unos instantes y abrazó la bota con fuerza contra su pecho. ¿Volvería a ver a Liborio? Ese instante de incertidumbre, amargo como la hiel, le pareció que duraba toda una eternidad. Acababa de conocerle y, sin embargo, una vida sin él se le antojaba del todo insoportable. Así que en ese mismo momento resolvió recuperar al que ya consideraba su amado, fuera al coste que

fuera.

Como no podía ser de otra manera, Linda era a la sazón la primogénita del rey de un lejano país septentrional ---e inmediata sucesora al trono--, y convenció, apasionada, a su padre para que le adelantara la asignación semanal, con el fin de invertirla en la búsqueda de su amado.

Fue así como nuestra Linda acometió la magna, monumental tarea de encontrar a Liborio. Y es menester señalar que no se arredró, no, ante la magnitud de su empresa. Bota en ristre, avanzó resuelta, de casa en casa, esbozando la mejor de las sonrisas. Si aquéllos cuya puerta aporreaba accedían a abrirla para cerrársela, a continuación, en las narices, no dudaba en llamar a su escolta personal de fornidos guardaespaldas para que procedieran a echarla abajo. Tras asegurar al inquilino que correría con los gastos de una puerta nueva, se internaba, campechana, en el domicilio del plebeyo y, utilizando su encanto natural, convencía con dulces palabras al varón a calzarse la descomunal bota. Obviamente, la mayoría de sujetos presentaba un aspecto realmente grotesco al vestir el enorme calzado. En ocasiones el joven interpelado se negaba a calzársela, alegando que resultaba de todas obvio que no era su talla y que de ella emanaban, por ende, fuertes y malolientes aromas, y un sinfín de razones más, añadiendo un --"por nada del mundo me calzaría esa condenada bota, señorita". Entonces, a un chasquido de sus dedos, dos o tres de sus guardaespaldas sujetaban al infortunado joven, que a pesar de sus valientes y denodados esfuerzos, no conseguía impedir que le calzaran la bota

¡Cualquier cosa por el amor de su amado Liborio!

Como supondrá el lector, la búsqueda fue ardua, pues conocidos son los atascos que se forman en Madrid en las horas punta ---más aún, cuando se circula en calesa--- y ni el mismísimo Cupido se hubiera atrevido a culpar a Linda, de haber decidido abandonar su empresa: pero la llama del amor y la pasión la mantuvieron firme en su empeño.

Visitados cerca de treinta mil hogares, apenas albergaba esperanza de volver a ver al poseedor de su amada bota. Por consideración hacia el lector, diremos que tan sólo le quedaba un domicilio por visitar. Se trataba de una casona señorial de principios del siglo XX en cuya fachada principal podía apreciarse un enorme letrero de neón que anunciaba un Club de despedidas de solteras. Salió a recibirle lo que pareció ser una madame con el pelo lleno de rulos, que sonrió picaronamente al verla. La madame hizo pasar a Linda, pero prohibió el paso a su real séquito. Linda aceptó. Era el último cartucho que le quedaba. La madame hizo llamar a un grupo de hombres, ataviados como los boys de despedidas de solteras por todos conocidos, e hizo desfilar, uno a uno, a indios y vaqueros, médicos y soldados, policías y fontaneros, todos ellos semidesnudos; Linda se sonrojó, pudorosa, pero aún así calzó la bota, decidida, a lo que

pareció una legión interminable de gigolós. Un buen rato después, Linda comprendió que la búsqueda había sido en vano, y su frágil naturaleza de mujer afloró a la superficie. Entonces, entre lágrimas, fue a fijarse en un mozo que se medio ocultaba en una esquina en penumbra. Linda inquirió a la madame acerca del susodicho. La madame respondió a Linda que el mozo era el encargado de las tareas de limpieza del local. A Linda su aspecto físico le resultó familiar; aunque es necesario señalar que la luz en el pub en el que se conocieran había sido en extremo tenue, y que entonces Linda había confiado más en elementos sensoriales de tipo táctil. Esperanzadoramente, --alegróse Linda-- el joven ---que vestía cofia y delantal, cepillo y recogedor en ristre, pero que, por lo demás, deambulaba medio desnudo como el resto-- calzaba un zapato de considerables proporciones. A Linda se le iluminó el rostro. Tomó la bota que se había convertido en compañera inseparable y objeto de su Cruzada durante meses y sensualmente se la calzó al joven: La bota le sentó a Liborio como un guante. Claramente esa bota pertenecía a su amado.

Los dos se fundieron en un beso apasionado.

Montados ambos en la calesa, Linda exigió a Liborio una explicación --“y más te vale que sea convincente”-- acerca de lo ocurrido en el pub --“que para eso ella se había recorrido todo Madrid, y que si eso no es amor, nada es amor”--y huelga decir que Liborio se deshizo en ellas, y que Linda las aceptó de buen grado (no olvidemos que esto es un cuento de hados).

Linda se llevó a Liborio a su reino, donde éste siguió aplicándose los bálsamos de forma regular en un sensato intento por mantener la paz social, y ella, tras la abdicación de su padre, --que era un mujeriego y un vividor y que se iba de cacerías de elefantes a la menor oportunidad, aunque luego, eso sí, pidiera disculpas a sus súbditos y prometiera no hacerlo más-- se convirtió en reina y él en rey; y se casaron, y los esponsales se celebraron durante cuarenta días y sus correspondientes noches, y tuvieron una amplísima descendencia, y vivieron felices y comieron perdices hasta el fin de sus vidas sin que nunca, nunca jamás llegaran a aborrecerlas.